

han conservado inalterable su carácter obrero, estando constituidas por operarios, hechas por ellos y por ellos dirigidas. Ni los celos y las discordias individuales que existen allí, como en todas partes, ni los tribunos que procuran suplantarse alternativamente, ni los ambiciosos que tienden á formarse un partido, debilitan la enorme fuerza de sus apretadas y concordadas filas: aquella enorme fuerza de organización y de fe, que hizo decir á Luis Kociusko en los postreros días de su vida, á un publicista aquí presente: «¡Creedme, el socialismo derribará todo!»

*
* *

¿Y habrá necesidad ahora de que yo os demuestre con otros argumentos lo que me propuse demostraros? Ciertamente que la conquista del Poder político debe colocarse por cima de la de los Municipios: os lo dice por mi boca uno de los publicistas más notables, y voy á repetir sus propias palabras: «Importa que vayan al Parlamento representantes de los trabajadores, aunque no fuese más que para indicar la fuerza y la cohesión del partido; para ejercer un sindicato continuo, al menos de una eficacia

abstracta; á fin de alzar la voz resuelta en favor de todas las libertades á que tiene derecho, y de que necesita la Idea para desenvolverse. Pero mientras que esos representantes no sean sino una exigua minoría (es decir, por mucho tiempo, por demasiado), no hay otro medio que esperar, y esperar solamente de ellos; y no debemos hacernos ilusiones de que obtengan importantes modificaciones en aquellas pequeñas reformas sociales que aparecen de vez en cuando hasta en nuestras Cámaras.» Ahora bien: la lucha en los Ayuntamientos, aparte de otras ventajas inmediatas, presenta hasta la de dar al partido obrero movimiento y vigor, disciplinado, adiestrado en una acción ordenada y provechosa para las elecciones políticas. En Francia, antes de la Revolución, fueron las Asambleas provinciales, fueron los Concejos comunales, de Concejo ó de parroquia, aquellos en que la burguesía se ordenó y preparó para la acción que había de conducirla al triunfo. La misma Revolución italiana que nos condujo á la unidad nacional, se ha beneficiado en gran manera por estas luchas municipales, y especialmente en el Mediodía se ha alimentado de ellas, y por ellas se ha elevado.

Y es evidente que sucederá lo mismo con la Idea que une ahora á los trabajadores. En los Ayuntamientos rurales más pequeños ya se consiguieron señaladas victorias, de las cuales no citaré sino la última, la de Gualtieri, lograda después de un año de comisario regio. Ahora toca á las grandes ciudades imitar el ejemplo. A vosotros corresponde, especialmente, hacer que Turín no tenga esta poco agradable singularidad de ser la última de las grandes ciudades italianas que envía á su Municipio un concejal obrero.

* * *

Pero ya escucho objetarme:—¡Cuánto tiempo será preciso esperar las ventajas que se nos prometen, si ellas no han de llegar hasta que nuestro partido sea una mayoría! Hasta eso mismo es un error. Muchos y grandes beneficios precederán á la victoria final. Haced que los trabajadores den pruebas de concordia, de unidad de miras y de resolución, que empiecen á lograr triunfos electorales notables, y veréis cuántas cosas cambian en el acto. Donde están divididos cada uno de ellos no tiene sino la infima importancia que puede tener

un obrero; pero donde forman asociaciones vastas y unánimes que demuestran su poderio y su incremento continuo y vigoroso, la consideración que inspira el conjunto de las fuerzas se refleja en cada uno de ellos.

Antes de obtener ventajas materiales advertiréis cada uno de vosotros, hasta en sus relaciones individuales con personas de otra clase social, que os encontráis en una condición distinta; la conciencia misma de la fuerza colectiva de la propia clase daría á cada cual una nueva dignidad y una seguridad propia que nunca se tuvo anteriormente.

Pero ni aun las ventajas materiales se harían esperar; porque á quien muestra que tendrá la fuerza necesaria para obtener concesiones dentro de poco, muchas de éstas se anticipan, ya para demostrar que se conceden de buen grado, ya para huir del desdoro y descrédito de que se las arrancan de mal grado ó por fuerza. Sucede lo que en las batallas, donde el solo avance de una tropa ordenada y resuelta hace con frecuencia retroceder al enemigo, mientras que el mismo número de los que atacan, si van desordenados y aparecen descompuestos, producen el efecto contrario, es decir,

dan valor á los enemigos. ¡Cuánto se disminuirán de pronto, siguiendo el sistema que os recomiendo, estas descaradas amenazas y persecuciones injustificadas, tan fáciles ahora y que causan tanto efecto en los individuos aislados! Se rien hoy de vuestra bandera. ¿Por qué? Porque sois pocos y ellos millares. Probad á juntaros en apretado haz todos alrededor de vuestra enseña, ¡y veréis cómo á vuestro paso se descubrirán hasta las frentes más soberbias!

*
* *

Afortunadamente, es otro error aquel en que incurren muchos de vosotros, midiendo el tiempo que emplearán las nuevas ideas en andar su camino victorioso, juzgándolo por el que emplearon hasta ahora en recorrer el primer trozo de su marcha, y deduciendo de semejante cómputo una razón más de desaliento. No, el cálculo es equivocado.

Todas las ideas sociales que tienen en su seno una razón poderosa de existencia caminan con lo que se llama el movimiento acelerado de los graves al caer; tropiezan hasta tomar forma, dan sus primeros pasos

lentísimamente, parece que á cada avance se detienen, luego toman una marcha regular, después se precipitan, y, finalmente, corren y su carrera se convierte al cabo en un volar de tal rapidez, que hace estremecer hasta á los más atrevidos.

Basta comparar, para penetrarse de lo que acabo de decir, el camino hecho por la idea socialista, hasta en nuestro país, en el último quinquenio, con el que anduvo en los primeros años, apenas surgida en nuestra generación. Los prosélitos venían entonces uno á uno, ó á racimos, pero que se podían contar; por largos intervalos de tiempo ninguno tenía noticia de la nueva *secta*; la Prensa no hablaba de ella sino en rarisimas ocasiones y vagamente, como de cosa perteneciente á un mundo lejano; hacia la doctrina no había sino diatribas, desprecios ó estupor. Ahora los nuevos creyentes acuden en tropel, á centenares; cada día que transcurre surge una oleada; no abris un periódico en el cual no encontréis escrito diez veces, casi á la fuerza, su bárbaro nombre de guerra; se pueden combatir á diario tales ideas, pero no se puede guardar silencio sobre ellas por veinticuatro horas; repercute su eco continuamente

en el Parlamento, en la Iglesia, en las escuelas; en el Parlamento mismo voces autorizadas y desdeñosas de otros partidos, á las cuales está obligado á escuchar hasta el Ministro de aquello que se llama todavía la Justicia, se alzan con fieras palabras contra los magistrados que juzgan á los nuevos rebeldes sin conocimiento de causa, ignorantes hasta de los elementos de su doctrina; no existe ya autoridad que no se vea precisada á estudiar la cuestión, para poder distinguir, disputar, gobernar; no hay publicación que de cerca ó de lejos se relacione con los intereses públicos, en la cual no se discuta ó se aluda, cuando menos, á las ideas socialistas; no se abre una exposición artística que carezca de una representación ó una manifestación de asuntos socialistas, ó una expresión más ó menos transparente de estos ideales; no se entabla conversación, por frívola que sea, hasta entre los calaveras más descreídos y menos serios, en que no aparezca, siquiera sea de pasada, como una sombra, el para tantos malhadado argumento de la cuestión social.

Se confunden todavía con ella, de buena ó de mala fe, doctrinas diversas y opuestas; se calumnia á los hombres que profe-

san semejantes ideas; se callan ó se aminoran sus triunfos, se anuncia que morirá la idea ó de tisis ó por el plomo; pero ya no se ríe nadie á su costa, ó si se ríe alguien, es con aquella sonrisa en que se enseñan los dientes y se arruga la piel, pero que no aparece en los ojos la hilaridad verdadera que arranca del fondo del corazón.

Y este gran cambio entre nosotros ha ocurrido en cinco años, desde 1890, después del primer 1.º de Mayo. Suponed, pues, cuál será dentro de otros cinco años, cuando la masa de los trabajadores haya dado pruebas de concordia y de vitalidad. Porque, estad ciertos, una de las más fuertes razones por las que no se ponen de parte de las nuevas ideas abiertamente, y á su servicio, muchas gentes que os son favorables y que simpatizan con esos ideales en el fondo de su alma —aunque os rechacen sus intereses de clase,— es por el espectáculo de la apatía de la clase misma por la que estarían dispuestos á combatir. ¿A qué, dicen, turbar la vida y precipitar el daño propio, por una muchedumbre que carece de la conciencia de los tiempos, de fe en ella misma, y que parece resignada á los males de que se queja, y determinada á no pedir

nada y á nada hacer, ni siquiera con los medios que la ley pone en su mano? Encerrémonos en un tranquilo egoísmo, y que el mundo vaya por donde quiera.

*
*
*

Y éstos son muchos más de los que creéis. Como son más de los que creéis aquellos á los cuales aludí al principio, quienes, no siendo socialistas, están persuadidos de que la organización de las clases trabajadoras y su participación en el Poder, son una condición indispensable del progreso social.

De uno de éstos, de un valiente economista, refiero el razonamiento para aquellos de vosotros que pueden decir: —Yo no voto por obreros, porque no son socialistas.—Vuestra condena, dijo hace poco, es que la clase burguesa es totalmente escéptica y pesimista. Ahora bien: el pesimismo para él es un fenómeno de clase. Y aduce precisamente como prueba que al principio del siglo, en Francia, toda la burguesía liberal que sentía ya llegado su reino, no produjo más que escritores optimistas; la nota pesimista salía de los escritores aristocráticos, quienes percibían que su clase

agonizaba, moría, ó, mejor dicho, era absorbida. Ahora bien, añade, nosotros no damos sino escritores escépticos y pesimistas, en cuyas páginas no hay un solo principio de reforma moral, ni una palabra que exprese fe en el porvenir.

Las clases trabajadoras, por el contrario, son optimistas, al presente, como no lo fueron jamás; la reforma económica, como la reforma moral, vendrá á nosotros, pues, de aquellos que están abajo, de aquella multitud obscura en que palpita un sentimiento humano, que falta en nosotros, hombres ávidos y fríos. Cuando ella se mueva para la conquista del Poder público y la asociación la haya mejorado, y la lucha la haya hecho más fuerte, esa muchedumbre operará un cambio hasta en nuestras ideas morales. Hacer que el Poder político no siga siendo un monopolio, es decir, que no pertenezca mas á una clase sola, que tiene los mismos instintos y las mismas necesidades, y veréis: la función de fiscalización y de fiel contraste, la moralizará. Aquellas reformas que ahora no se quieren por ciego espíritu de clase, se llevarán á cabo entonces por necesidad; toda nuestra vida social sentirá su influjo, y un muy otro concepto de

la vida acabará por triunfar y prevalecer. El feudalismo acabó, no por revoluciones, no porque los hombres llegaron á ser mejores, sino porque aumentada la producción, crecido el cambio, consolidadas las relaciones sociales, condensada la población, de útil que era cuando nació, se había convertido en dañoso é insoportable. Y lo que ocurrió con la aristocracia, sucederá con la clase que la venció, que es la clase media ó burguesa. Cuando la técnica industrial haya progresado más y más; cuando la concurrencia sea oprimida ó por la victoria duradera del más fuerte, ó por la asociación; cuando la producción llegue á ser absolutamente mecánica, la burguesía subsistirá, sin embargo, todavía, porque tiene en su pro cualidades de iniciativa, de orden y de economía que faltarán aún por mucho tiempo á las demás clases sociales, pero su función se debilitará, y el órgano mismo, debilitándose la función, acabará también por debilitarse. Este grande movimiento obrero es, pues, lógico, necesario, benéfico. Y notad que á quien expresa este pensamiento, la íntegra actuación del socialismo le parece un sueño.

*
* *

Pero sus previsiones se avecinan mucho á aquel sueño.

Y ¿no es, con efecto, un sueño el de un estado social fundado en el acuerdo, en lugar de hallarse fundado en la lucha por la existencia; el de un organismo en el que la producción y la repartición de las riquezas se verifiquen á la manera como se realizan las funciones de asimilación y de circulación en todo organismo vivo; el de una sociedad dividida, de un lado, en un pequeño número de vencedores á quienes parece están reservados todos los bienes de la civilización, todos los goces que produce la belleza, el arte, la ciencia, la independencia, todo lo que hace amar la vida, y de otro lado una inmensa masa inorgánica y oscura de vencidos, sin seguridad, sin bienestar, sin ilustración, casi relegada fuera de la luz y de la esperanza como una raza inferior?

¿Y ha de ser sueño una sociedad en que á cada hombre esté asegurado su trabajo, á cada trabajador una existencia de tal hombre, á ninguno el bienestar del ocio, á todos la cultura del espíritu, y en que la labor se honre de hecho y no con falsas palabras, y la justicia sea una realidad, no

un gusano, y la libertad un bien de todos, no un beneficio de algunos, y la igualdad —en cuanto lo consienta la ceguera de la fortuna— una verdad y no una irrisión?

¿Que sea realmente sueño una sociedad en la cual, delante de toda muchedumbre de personas de diferente condición, se pueda decir: —«En esta masa de gentes no hay una sola persona que viva á expensas del fruto del trabajo del prójimo, ni uno siquiera que pueda sacar el propio bien del mal ajeno; no hay un grupo de ciudadanos que desprecie á otro y lo amenace y lo tema, y viva separado de él como de un abismo; esta es una reunión inmensa de gentes todas civilizadas, sujetas á un pacto común, constituyendo una sola grande familia, y no un montón de bestias feroces vestidas de personas, que tratan de devorarse los unos á los otros, no un enjambre de salvajes barnizados de civilización, entre los cuales se erian tantas ambiciones, tantos odios, tantas envidias, tantas pasiones viles y criminales, que degradarian al mismo infierno?»

¿Que haya de ser sueño una sociedad en donde todo honrado trabajador pueda decir mirando en torno suyo: —«Estos son mis

aliados y mis hermanos; yo no quito nada á nadie y nadie me usurpa nada á mí; esta tierra en que nací es herencia común; todo este progreso, toda esta riqueza no es privilegio de algunos, sino nuestras, de todos, de ellos, de nosotros, de sus hijos, de la unión, de cuantos la crearon y la fecundan con el pensamiento, con los brazos y con la sangre?

¡Que una cosa tan sencilla, tan justa, tan bella, haya de ser un sueño!

¡¡¡Y un sueño penable con la reclusión entre doce y diez y ocho años!!!

¡Y esto en un país libre, después de cincuenta años de lucha contra la tiranía!

¡Y mientras el más descarado despilfarrador del Erario público, extraído de las venas y de los huesos del trabajador, ó se castiga con penas irrisorias ó queda impune y hasta triunfante el malversador de la fortuna nacional!

¡Y aun cuando fuese un sueño! ¡Mejor mil veces es creer en el sueño de los generosos, que resignarse á la abominable realidad contra los cuales los generosos combaten y que son sofocados por los opresores!

Pero no creo que sea un sueño, no. Para creerlo tendría que renunciar á la fe en el progreso humano. O se volverá atrás, ó se marchará por esa senda; y por esa vía se camina.

En otra ocasión he señalado cómo esta tendencia aparece evidente en todos los países civilizados, en la marcha de todas las legislaciones, hasta en las menores transformaciones de todas las instituciones antiguas, en el surgir y desenvolverse de innumerables instituciones nuevas, en miles tentativas, proposiciones, experiencias, casi en todas partes rechazados ó enterrados, por ahora, porque por todas partes se representan con la vitalidad potente del germen en primavera que intenta y acaba por romper la envoltura que lo aprisiona.

Además, que por razones que se pueden decir en palabras, se está persuadido de una Idea, en virtud de una infinidad de impresiones, de sentimientos, de reflejos, de pensamientos que escapan al lenguaje humano; por una sucesión de visiones instantáneas de la mente que hacen gritar á la conciencia: —¡he ahí la verdad!— y dejen en el alma una imborrable huella. Y cuando es así, la idea se convierte en fe,

contra la que se estrellan todos los argumentos, que confirman todos los acontecimientos, que las mismas contradicciones consolidan. Una fe que cuenta en si misma fuerza impulsiva proporcionada á las resistencias que ha de encontrar en el mundo la verdad que ella encierra; una fe de la cual podremos decir claramente que las burlas y las injurias no llegan siquiera á la altura de nuestro desprecio.

Sí; yo creo que la sociedad lleva en su seno soluciones inesperadas para todas las dificultades que ahora hacen creer imposible la realización de la idea socialista. Creo que el gran milagro sin el cual ella no puede llegar á ponerse en práctica, la penetración del sentimiento individual con el sentimiento de la colectividad en el ánimo y en la vida del hombre, se cumplirá ante la irresistible evidencia del inmenso bien que se ha de conseguir. —¡Fe, idealismo!— se exclamará compadeciéndonos, y responderemos con las palabras de un bueno y docto alemán (no socialista, notadlo bien), el cual ha escrito poco ha: —«Y bien, sí; la historia nos enseña que la fe y el idealismo son las dos grandes fuerzas que siempre han triunfado en el mundo.»— Y en el fondo,

están persuadidos de ello hasta los adversarios; solamente que, más sabios ó más prudentes que nosotros, ellos combatirán por la idea en tiempos más favorables, ó lo que es lo mismo, el día que haya vencido.

*
* * *

Pero para llegar á esto... mas no hablemos de ello, puesto que el fin de nuestra reunión y de mis palabras está determinado previamente y restringido.

Para obtener un principio de mejoramiento en vuestras condiciones, debéis hacer sacrificios.

¡Sacrificios! He ahí una palabra cuyo uso y abuso ha desnaturalizado su significación propia. ¿Es quizá un sacrificio escribir el nombre de vuestros compañeros en una papeleta electoral sin perderse en vanas discusiones y sofocando los sentimientos personales que la conciencia reprueba, y renunciar á una hora de recreo para ir á cumplir un deber? Haced, pues, esto, y haced más: exhortad á vuestros camaradas á que os imiten; diga cada uno de vosotros á cada uno de aquéllos: — «¡Ven conmigo! El acto de depositar esta hoja de papel en la urna,

que te parece tan inútil, encierra tan grande valor, que para tener el derecho de verificarlo se derramaron torrentes de sangre.»—Ejecutémoslo, pues, si no por nosotros, por nuestros hijos; porque si nosotros no lo llevamos á cabo, ellos no lo cumplirán y encontrarán la sociedad tal como nosotros la hemos encontrado. Votemos por nuestros compañeros, ya que no por otra cosa, para hacer ver que no es cierto lo que se dice de que vamos á emitir el sufragio como un montón de criados; que tenemos conciencia de nuestros intereses, sentimientos de justa altivez, voluntad, confianza en el porvenir.

Creed que al exhortaros así, no os hablo como socialista en interés de un partido, sino como ciudadano que quiere la dignidad, la prosperidad, la fuerza del país donde ha nacido, y al cual ama; dignidad, prosperidad, fuerza, que son palabras vanas donde las clases trabajadoras no luchan por levantarse. Creed á uno que os quiere bien, y que os quería siempre aunque no os lo decía y que os lo dice ahora sin segunda intención, puesto que no sólo no os pedirá jamás el voto para ir al Parlamento, pero que ni siquiera os lo pedirá para volver á la Casa

de la Villa; creed á uno cuyas ambiciones se reducen ahora á un solo deseo: el de poder decir antes que se acaben sus días, la última vez que hable á los niños de las Escuelas públicas: — «¡Alegraos! Vosotros vereis una sociedad más justa y más feliz que aquella en que os dejo.» — No; no tengo otro deseo que el de ver al proletariado italiano, es decir, al verdadero pueblo, fundamento y fin de todo, cuerpo y alma de la patria, caminar y avanzar triunfalmente en el bendito camino de su redención!



ENTRE PADRE É HIJO

(FRAGMENTO DE UNA NARRACIÓN)

.....

A las diez de la mañana, cuando había vuelto de su acostumbrado paseo, y mientras su mujer y la muchachá encontrábanse en misa, se entraron por las puertas Alberto y la nuera. Él se lanzó al encuentro de su hijo, como si no lo hubiera visto en un mes. Entraron ambos en la sala de estudio, inundada de luz, y ambos, tan frescos, hermosos y bien vestidos, rebosando juventud y alegría, al punto de que Bianchini no pudo contener una exclamación de placer, permaneciendo un momento inmóvil para mirarlos.

¡Oh, aquel Alberto, aquel querido hijo, cada vez que lo veía, estaba tentado por meterle la mano entre el bosque de rubios y rizados cabellos, como de pequeño lo hacía, perdiéndose los dedos entre aquella